

La Virgen de Guadalupe y la Hispanidad

Manuel Vargas de la Torre

Admiro, España altiva, tu nobleza,
tu carácter indómito y bravío,
pero a la par admiro la grandeza
y el heroico valor del pueblo mío.

Culparte en nuestro siglo fuera mengua,
venciste y nadie intentará culparte,
entre tus dones heredé tu lengua
y nunca la usaré para insultarte.

¡Nuestra sangre es igual!, que nadie oponga
a nuestra unión ninguna idea mala.
¡La plegaria inmortal de Covadonga!
¡Siglos más tarde resonó en Iguala!

La misma es nuestra raza altiva y fiera,
igual nuestro carácter franco y rudo;
aquí, el águila libre por bandera
allá el león por símbolo y escudo.

Hoy la gloria con bellos arreboles.
Ilumina enlazadas nuestras manos;
¡Honor eterno a México españoles!
¡Honor eterno a España mexicanos!.

– Juan de Dios Peza –

La Virgen de Guadalupe y la Hispanidad por Manuel Vargas de la Torre Admiro, España altiva, tu nobleza, tu carácter indómito y bravío, pero a la par admiro la grandeza y el heroico valor del pueblo mío. Culparte en nuestro siglo fuera mengua, venciste y nadie intentará culparte, entre tus dones heredé tu lengua y nunca la usaré para insultarte. ¡Nuestra sangre es igual!, que nadie oponga a nuestra unión ninguna idea mala. ¡La plegaria inmortal de Covadonga! ¡Siglos más tarde resonó en Iguala!

La misma es nuestra raza altiva y fiera, igual nuestro carácter franco y rudo; aquí, el águila libre por bandera allá el león por símbolo y escudo. Hoy la gloria con bellos arreboles. Ilumina enlazadas nuestras manos; ¡Honor eterno a México españoles! ¡Honor eterno a España mexicanos! (Juan de Dios Peza) Sobre el oleaje, aún virgen, del misterioso Atlántico, viajan tres carabelas. La capitana, Santa María, va escribiendo en los reflejos del agua el nombre de la Madre de Dios. Van en misión de Castilla y Aragón. Por la noche, al verlas pasar, debieron rezar las estrellas reverentes. “¡Santa María!” responde el dulce lauretano murmullo de las olas. Era la barca que llevaba a Columbus

—Colón, a Cristóforo, el portador de Cristo, llevaba el corazón de España para sembrarlo en tierras del misterio.

La nave aceleraba la plenitud de los tiempos. Y cuando la cruz se hincó en las playas de América se completó la redondez de la tierra y el imperio de Dios en los límites occidentales. Poco después el navegante volvió llevando su gran tesoro. No eran ni los montones de oro ni las preciosas piedras, era el primer aborigen americano, hijo de España que iba... y los Reyes Católicos recibieron a Colón en Barcelona; ahí el navegante desplegó sus riquezas. Todos los ojos brillaron de admiración. Sólo unos ojos brillaron de lágrimas, los de Isabel, que descendiendo del trono se encaminó al indio y lo besó. El indio temblando de azoro no comprendió pero en aquel beso de España nació la Hispanidad. Isabel la Católica fue la primera madre de América.

A propósito del adjetivo “Católicos” con que se califica a los Reyes Fernando e Isabel de España, los Reyes Católicos, no les fue agregado por algún cronista o historiador; fue decisión pontificia, único en la historia, tomado conjuntamente con el Sacro Colegio y manifestada en la Bula “Si convenit” del 2 de diciembre de 1496. **(Oración de la Reina Isabel la Católica:** *“Tengo miedo Señor de tener miedo y no saber luchar... Tengo miedo Señor de tener miedo y poderte negar... Yo te pido Señor que en tu grandeza no te olvides de mi... Y me des con tu amor la fortaleza para morir por ti”*).

El Señor dijo a España: “He ahí a tu hijo”, a través de su Vicario en la tierra, S.S. el Papa Alejandro V, mediante las bulas Eximiae devotionis e Intercaetera, cuya causa única y final de conceder el principado supremo y superioridad imperial de las Indias a los Reyes de Castilla y fue la predicación del Evangelio y la dilatación de la fe y la religión católica y la conversión de aquellos naturales de aquellas tierras y no para hacerlos mayores señores ni más ricos príncipes de lo que eran. España acogió con profundo amor la maternidad del continente recién descubierto. Basta leer el Codicillo que la Reina Católica agregó a su testamento un día antes de morir, el 25 de noviembre de 1504:

“De acuerdo a mis constantes deseos, y reconocidos en las bulas que a ese efecto se dieron, de enseñar y doctrinar buenas costumbres e instruir en la fe católica a los pueblos de las islas y tierra firme del mar océano, mando a la princesa mi hija y al príncipe su marido, que así lo hagan y cumplan e que este deseo sea su principal fin e que en ello pongan mucha diligencia y non consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme ganadas y por ganar reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas manden que sean igualmente tratados. Y si algún agravio han recibido lo remedien y provean”.

Los deseos mostrados en el testamento de la católica reina fueron estrictamente cumplidos por sus descendientes directos los monarcas de la Casa de Austria: Carlos I de España y V de Alemania, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II. No fue un individuo que dio a la humanidad el Nuevo Mundo. Fue una nación, España, que por casi ocho siglos había ido preparándose para ello, con la preparación de dolor y lucha que siempre marca el camino que conduce a la realización de una hazaña estupenda. Ocho siglos de lucha hacen de la historia de España una de las más fascinantes de la historia de la humanidad.

No es posible comprender la conquista española del Nuevo Mundo sin conocer antes esos ocho siglos de la historia de España que precedieron al día que salió del Puerto de Palos el gran descubridor. Lo maravilloso de todo esto se ha ocultado a nuestros niños y jóvenes en los programas de historia. Para la mayor parte de la gente España es la gran incomprendida. De su historia, más de la mitad en volumen y casi el total en punto a interés, radica en los anales de su invasión por los moros el año 711 y termina con la toma de Granada, último bastión moro, en enero de 1492 por los Reyes Católicos.

El espectáculo del moro que conquista al grito de Alá y Mahoma revivió y templó la fe del hispano en Dios y en Cristo. Testifican este hecho no sólo su coraje en las lides bajo el pendón de la cruz, sino también en las peregrinaciones a la basílica del apóstol Santiago en Compostela, la fundación de las universidades: Coimbra, Salamanca, Alcalá, Zaragoza, en los momentos de mayor peligro, la creación de obras maestras de arquitectura, catedrales, templos, aún antes de que desapareciera el temor de que los invasores las destruyeran, el aumento de santos cultísimos que serían sucesores de San Isidoro de Sevilla en la fundación de órdenes religiosas, militares y, sobre todo, el surgimiento de hermandades y cofradías de hombres y mujeres que hacían el voto de venderse si era necesario como esclavos de los moros, para el rescate de otros cristianos. La vida católica se transformó no solamente en un período de intenso romance, fruto frecuente del misticismo, sino en un período de gran heroísmo religioso cristiano. La guerra le dio reciedumbre. El idealismo lo sublimó. El soldado llevaba esa herencia en su mochila espiritual y combatió por él. El sabio cifraba en él sus vigiliias. El sacerdote lo predicaba. Ningún sacrificio por grande que fuese parecía digno de su altar. Transformó a España, capturó a Granada. Y cuando las últimas victorias sobre sus enemigos interiores de España salvaron a la nación, regresó Colón con el anuncio de las tierras maravillosas que acaban de descubrir. España estaba dispuesta ya para nuevas conquistas en el nombre de Cristo. Estos siglos de batallas tuvieron mucho que ver con las conquistas del Nuevo Mundo. Contribuyeron a estructurar al español y a hacerlo el único europeo de su tiempo capaz de realizarla, el único preparado por largos padecimientos y luchas para llevarla a cabo con todo éxito como manifestación: la Hispanidad.

Pero, ¿qué es Hispanidad? Hispanidad, nombre abstracto de la realidad de España. Es aquello por lo que España es España. Sus pensadores, Ramiro de Maeztu y García Morente nos dicen que hispanidad no es unidad de raza ya que abarca varias razas, ni unidad de sangre que es cauce de muchas sangres ni unidad de idioma ya que el idioma es la flor pero no la raíz. Que no es unidad territorial ni económica, ni política ni ninguna especie de unidad material, sino la unidad espiritual, un estilo del alma española y, diría yo, un soplo vital que invade toda la historia de España en su pasado. Prosiguen estos pensadores más que definiendo la hispanidad, describiendo sus caracteres. Hispanidad es rebeldía contra lo extraño. España se rebeló contra el arrianismo, contra el Islam, contra Lutero. La posición española no fue ante la Reforma sino contra la Reforma. Se convoca al Concilio de Trento. El Concilio de Trento es obra esencialmente española. Los hombres que llevaron las ideas y las proposiciones que van a hacerse dogmas fueron formados en las universidades españolas. Y lo que se ha denominado Contrarreforma –movimiento que culmina con el Concilio de Trento– es tarea y acción de españoles, y el protestantismo que fue la disolución de la unión de Europa, impotente y rencoroso buscó a esconderse a las nieblas del Norte para desquitarse con la Leyenda Negra. Hispanidad fue rebeldía contra la hoz y el martillo. Hispanidad es virilidad estoica que acepta y cumple su destino en la hora de la prueba. Hispanidad es el arrojo y la aventura. Hispanidad es una visión de los valores del mundo, una jerarquía fija e inamovible en que lo espiritual está sobre cualquier valor material. Hispanidad es personalismo que coloca a la persona humana sobre toda la creación. Hispanidad es la esencia del caballero cristiano, soñador como el Quijote, cortés y místico como el Caballero de la mano en el pecho de El Greco.

Todo esto es muy cierto, pero permitidme expresar mi pensamiento. Eso no es la raíz de España. Es si se quiere la raíz biológica de España, su raíz biológica y hasta filosófica; mas la raíz más honda de España es su raíz teológica. Teología de una nación es el conjunto de relaciones que un pueblo tiene con Dios y con las verdades que Él reveló y con los auxilios de Gracia que Él concede por la Redención y con la Iglesia que Jesús fundó. Por eso mismo España ve su modelo altísimo en la Madre de Dios. El mejor canto de España ha sido para María, desde la deliciosa ternura de Alfonso el Sabio hasta el arte complicado de Gerardo Diego y el de José María Pemán. Es claro, María vive en la

historia de España, Ella le dio la Reconquista, el triunfo de Lepanto y el Rosario. Un 12 de octubre le regaló un continente. Ella le ha dado el don de la Hispanidad por cuanto Hispanidad es el conjunto de valores cristianos. Sobre todo en aquel siglo XVI, el Siglo de Oro Español, cuando España fue más española, en que todos eran teólogos: los pensadores, los poetas, los músicos y los pintores. ¿Qué de raro tiene, para el que conoce lo español el milagro de Santa Teresa de Ávila o el de San Juan de la Cruz que supo juntar el más elevado escolasticismo teológico con el arte más puro y el más ardiente amor?

Se dice que el español es activo. Creo que tal activismo deriva del concepto de la gracia. Nos dice cómo España se apasionó con el gran problema de la gracia. Fue ahí donde nació el anhelo de dilucidar el gran problema teológico, que está en la médula de la doctrina cristiana: La conciliación entre la gracia de Dios y la libre cooperación del hombre para cumplir su destino: Su salvación. ¡Tiempo de decoro para la humanidad que se rompían lanzas por los valores del pensamiento! ... Saltan a la palestra dos españoles, Bañes y Molina y los dos tenían razón en sus premisas que son la defensa de la doble verdad: la Gracia divina y la Libertad y la Acción humana. Esto fue el español: Saber rezar para implorar la gracia, como si todo de ella dependiera y saber obrar, con denuedo y coraje, como si todo fuera obra del hombre.

A los valores cristianos ya mencionados, debo añadir otro: El concepto español de la mujer. El concepto español de la mujer no es el de la belleza física ni el de la gracia. No es la mujer objeto de galantería ni de esteticismo; en ella el español sabe penetrar su verdadera grandeza: la maternidad. Este pueblo supo conservar en su plenitud el concepto cristiano medular, polar de la madre. Por esto es ella el quicio del hogar español, por esto se encuentra en constante y ubicua evidencia ese sentimiento de familia en pleno vigor

Tres fuerzas invadieron América con los españoles: la determinación de los reyes de ser fieles al mandato de la Reina Católica expresado en su testamento de convertir a los aborígenes; el celo religioso que había en los hombres nobles y de gran elevación espiritual a quienes enviaron a realizar esa tarea y, por último, el espíritu de aventura que el combate contra los moros les había dejado. México fue descubierto el primero de marzo de 1517, por una expedición salida de la Isla Fernandina –hoy Cuba– y mandada por Francisco Hernández de Córdova, que llevaba como piloto a Antón de Alaminos, que lo había sido de Colón en su último viaje a América.

Dos años después, el 18 de febrero de 1519, después de haber oído Misa en el Cabo de San Antonio de Cuba y en nombre y reverencia del Apóstol Santiago, Hernán Cortés se hacía a la mar en otra expedición que seguiría la ruta de Hernández de Córdova, desplegando al aire su bandera que ostentaba en campo blanco y azul una cruz de fuego con la siguiente inscripción en latín: “Amigos sigamos la cruz, y si tuviéremos fe en esta señal venceremos”. La principal motivación de sus acciones guerreras la manifestó en esta proclama: “Exhorto y ruego a todos españoles que en mi campaña fueren a esta guerra que al presente vamos y a todas las otras guerras y conquistas que en nombre de Su Majestad por mi mando hubieren de ir que su principal motivo e intención es apartar y desarraigar de las idolatrías a todos los naturales destas partes y reducirlos o a lo menos y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica. Porque si con otra intención se hiciere la dicha guerra sería injusta y todo lo que en ella hubiese, obnoxio y obligada a restitución”. Así, desde el instante mismo en que temerariamente emprendía la epopeya, fue la cruz el signo de la conquista. Signo indeleble, profundo, inmortal, que sellaría para siempre, en el futuro, la existencia de América... Cualesquiera que fueron los intereses materiales de los conquistadores, por mucha codicia que en su ánimo hubiere y por violentas que fueran sus humanas pasiones, lo cierto es que por encima

de esas miserias propias de los soldados rudos y de aventureros audaces, un ideal superior, intenso, vivo, nutría medularmente el impulso básico de su esfuerzo: propagar la fe católica, encender los corazones, derramar la savia del Evangelio, establecer el predominio de la Cruz, enraizar vigorosamente el pensamiento católico y más particularmente su fisonomía mariana; llevar al fondo de las almas de los pueblos un amor vibrante, varonil, filial a la gloriosa siempre Virgen María.

La conquista de México por Hernán Cortés es uno de los hechos más grandes y férreos de la historia. Parece una ficción en que los hombres adquieren titánicos perfiles. Encarnan con realidad magnífica los audaces capitanes súbitos como saetas y sus episodios parecen resurgir formidable de la vieja caballería, donde sus paladines empleaban sus músculos de acero en batallas imposibles. Consumada el 13 de agosto de 1521, durante tres siglos, hasta el 27 de septiembre de 1821 fuimos parte de España; fue nuestra gloriosa Edad Media. La historia oficial la ignora, habla de la noche de tres siglos, del yugo español. La verdad expresada por nuestro libertador, Don Agustín de Iturbide en la exposición de motivos de su Plan de Iguala, cuando dice: “Trescientos años hace que la América Septentrional está bajo la tutela de la nación más católica, heroica y magnánima. La España la educó y engrandeció formando esas ciudades opulentas, esos pueblos hermosos; sus provincias y reinos dilatados que en la historia van a ocupar lugar muy distinguido”.

Es decir, México es una derivación de España, los mexicanos tenemos una razón suprema para amar a España. Más que por su glorioso pasado, más que por su historia que es una epopeya, más que por sus hechos, sus hombres, su arte, amémosla por nuestra. Los pueblos que reniegan de lo suyo, de su ser, de su origen son como un fruto ácimo de un árbol que no tiene raíces. Los españoles no se limitaron a dominar lo que encontraban extrayéndole el jugo en su provecho. Además de eso amasaron el alma y la vida de pueblos futuros, exploraron, descubrieron, señalaron rutas al porvenir. Hay naciones que parecen destinadas por la Providencia para descubrir y señalar rutas al espíritu humano. España fue de esas.

Aún antes de consumada la conquista, en la Primera Carta de Relación al Emperador, Cortés le pedía que enviara frailes de intachables costumbres para la conversión de los aborígenes. En respuesta vinieron primero tres franciscanos flamencos, entre ellos el gran Pedro de Gante, lego, pariente cercano del Emperador, quien fue el primer evangelizador y educador de los indios; El 13 de mayo de 1524 llegaba otro grupo de frailes, doce por todos, como los apóstoles de Cristo encabezados por fray Martín de Valencia y entre los cuales figuraba fray Toribio de Benavente, a quien por su extremada humildad y pobreza llamaron los indios “Motolinia” que quiere decir pobrecito, expresión que él escogió en delante como su propio nombre.

Con lucido acompañamiento de caballeros y gran cantidad de aborígenes, salió Cortés a recibir a los frailes hasta tres leguas delante de Texcoco, siendo enorme la impresión que en el ánimo de los señores indígenas produjo el espectáculo inusitado que contemplaron sus ojos. Cortés que era para ellos la encarnación más alta del poder y la dignidad descendió de su caballo y postrándose sobre el polvo del camino tomó con la mano los hábitos raídos de los franciscanos, besándolos humildemente. La huella que en el alma de los indios dejaría grabada escena tan notable debe haber valido ella sola más que la más elocuente predicación. Revelaba de manera objetiva el acatamiento de los grandes de la tierra a la excelsa humildad y a la sagrada condición de sacerdote de Cristo.

Más tarde llegaron los dominicos, luego los agustinos, los jesuitas, los betlemitas, etc. Etc. A lo primero que tuvieron que enfrentarse fue a aprender los idiomas a los que les dieron escritura y gramática. Eran manifestaciones de la Hispanidad, del amor de España a estos. Mas para el perfecto amor, para la comunión espiritual, no basta que la madre ame al hijo, es preciso que el hijo quiera a la madre. En la obra de la conquista faltaba algo. Algo que no era posible concretar ni definir. Una

angustia secreta oprimía el corazón de los frailes misioneros. Por encima de la unidad política, persistía en el fondo la división, la pugna, el desdén del vencedor, el rencor del vencido y no bastaba a borrar esas huellas tan profundas del pasado, la ímproba, la inagotable caridad, el esfuerzo heroico y sublime del misionero. Era necesario algo más, algo superior al más enérgico y vital de los más recios empeños humanos. Era necesario para unir, para fusionar, para crear un compacto bloque y un solo ser de todos esos diferentes seres, la intervención de una fuerza poderosa y extraña que viniera a realizar el prodigio de la verdadera, definitiva y suprema fusión en una síntesis plena, creando en firme y para siempre la nacionalidad mexicana, que con la conversión de los pueblos idólatras a la Ley de Dios amainara los vestigios de la lucha, forjando con vencedores y vencidos la nueva nación. Cuando los hombres comprendieron que eran lentos sus esfuerzos, en auxilio de España vino una más alta conquistadora, e Isabel cedió su puesto a la Madre de Dios. “Mujer he ahí a tu hijo”, dijo otra vez Cristo a María. “Hágase en Mí según tu palabra” y descendió revistiendo la forma de sierva para nosotros los mexicanos y para nuestra redención. De estupor seguido de recogimiento profundo y de una honda emoción que hizo enmudecer a todos fue la escena imborrable desarrollada cuando por primera vez ojos humanos contemplaban atónitos y embelezados la armónica y suave figura de la virgen y su rostro dulce y modesto, su conjunto todo, del que emana un extraño, irresistible atractivo, un poder que subyuga con fuerza secreta encendida de internos impulsos de amor. Esa primera y muda contemplación de la imagen milagrosa dibujada en el ayate, tuvo en aquel momento supremo todo el realismo y la intensidad de una devoción genuina y creadora, ya que al prosternarse Fray Juan de Zumárraga ante la Virgen, pendiente todavía del cuello del indio acató pública e inmediatamente la expresa voluntad de la celestial Señora reivindicando la raza que ella personalmente reivindicó en Juan Diego.

Por conducto de aquel indio pedía la Virgen de Guadalupe un templo para manifestar su amor a todos los habitantes de esta tierra, sin hacer distinguos entre los antiguos pobladores y los recién llegados. A unos y a otros acogió en su amoroso seno, como elementos constitutivos de la nacionalidad pujante que habría de brotar de la fusión de todos. Ella salvó a la raza del exterminio posible, removiendo en la conciencia española que los destinos de su pueblo son destinos inmortales y que su desbordamiento sobre América obedecía a un impulso histórico y la bondad inseparable de un ideal eterno y creador. Por eso la médula de la hispanidad posee un contenido trascendente de pensamiento católico, a cuyo calor mariano se unieron las dos razas progenitoras del pueblo formamos. Una y otra se aproximaron definitivamente cuando tuvieron un lugar común: el Tepeyac, donde unir sus corazones y sus pensamientos, sus alegrías y sus dolores, sus ideales y sus sacrificios. Allí se anudó la raza y se forjó la patria.

El acontecimiento guadalupano, hecho central de nuestra historia no surge con las apariciones de la Santísima Virgen de Guadalupe; empieza mucho antes y vive oculto en los cauces de la historia. Después de la derrota de Cortés por los mexicas en lo que se ha dado en llamar la Noche Triste, cuentan los cronistas que esas cosas presenciaron que en aquellos momentos de angustia se apareció a los españoles en el cerro de Totoltepec la Virgen María para remediar con su consuelo el desaliento del desastre. Y en recuerdo del hecho levantóse allí una Ermita a Nuestra Señora de los Remedios a la que fueron amantísimos los españoles y que después veremos influir en el carácter nacionalista que tuvo a su tiempo la arraigada, persistente, invariable y salvadora devoción a la Virgen Madre en su advocación mexicanísima de Nuestra Señora de Guadalupe.

La pura aparición de la Santísima Virgen hubiera bastado para la conversión de los aborígenes; pero Dios no encamina a las creaturas en virtud de una fuerza exterior a ellas sino por medio de causas segundas: estas fueron los misioneros que recorrieron el territorio nacional, santos obispos como Fray

Juan de Zumárraga, Montúfar, Vasco de Quiroga (Tata Vasco); Pedro de Gante, primer educador y evangelizador de los indios; Fray Martín de Valencia, Toribio de Benavente (Motolinia), Fray Andrés de Olmos, Fray Bernardino de Sahagún, Fray Jerónimo de Mendieta, Fray Antonio Marfil de Jesús, el Padre Kino, el P. Salvatierra, Fray Junípero Serra, que llenaron el territorio mexicano con la construcción de innumerables iglesias, catedrales, misiones... Alfonso Trueba en su obra “Los Ensanchadores de México” dice: “Pensamos en la grandeza moral que encierran las páginas de nuestra historia que el pueblo mexicano desconoce porque se le ha ocultado. Y pensamos que México es una nación hecha por santos. Sus destructores quieren y han querido que se la lleve el diablo pero esos santos han de volverla a su antiguo destino y han de salvarlo. Dios y su Santísima Madre, la Virgen de Guadalupe, así lo quieren”.

Le bastó una palabra: “¡Hijito!”... El indio oye y él que vio sin llanto el morir de sus dioses y de su pueblo, sintiendo la caricia de una madre, se rinde. De sus ojos brotan las primeras rosas de lágrimas y de su alma la primera rosa de amor. Desde esa hora México cree a prueba de siglos y de sangre ¿Cómo no va a creer si es su Madre quien le enseña? Desde entonces México ama a sangre y fuego a su Cristo Rey y a su Reina. Desde entonces las manos de los misioneros españoles se tornaron milagrosas y fecundas (Motolinia, “el pobre”, bautizó él solo más de 400,000 indios). Desde entonces México habla español, este profundo idioma que usó Cervantes para hablar a la humanidad y Teresa para hablar con Dios. Desde entonces la sangre va a desembocar a la sangre española para crear una raza que ejemplificó la Madre de Dios en la tilma de Juan Diego. Desde entonces el indio ya no es el resentido, de mirada sombría, es Juan Diego el del corazón en la mano y en los ojos. No miento, id al Tepeyac, observad la mirada de todos: rendidos a los pies de la Virgen; los ricos y los campesinos y los obreros, los obispos y los sacerdotes y los legos, los hombres de ciencia y los ignoros, los investigadores y hasta los que alguna vez se pavonearon de ser anticatólicos, todos miramos a la madre del mismo modo: ¡Es Juan Diego que mira por nuestros ojos!... Las baldosas del templo de Guadalupe, que es nuestra casa, que es la casa de la Patria, están desgastándose hace más de cuatro siglos por las rodillas que caminan hacia el regazo de la Madre de un pueblo que va allí a rezar y a cantar. El Corazón de México está allí entre las manos de María.

Hace cuatro siglos nos unió la Reina Isabel, hoy nos une la Madre de Dios y Madre Nuestra, la Santísima Virgen de Guadalupe. España fue grande cuando tuvo el don de la caridad, cuando su corazón tuvo la capacidad de amar a 20 pueblos, cuando más dio lo que ella tenía. Algunos españoles, malos españoles, hicieron la gran conquista por ambición o por simple aventura o por orgullo puro. España lo hizo ¡Por Dios! Era la plenitud que pasó como ráfaga de fuego de Dios por el corazón de Isabel, de Cortés, de aquellos misioneros que forjaron para siempre el alma de México; que sembraron todo nuestro territorio de templos prodigiosos que son la voz de España perdurable porque si los hombres calláramos, las piedras hablarían y que derramaron la caridad y la redención.

Ahora oídme mexicanos: ¿Quién introdujo la Fe en Dios en nuestra patria? España. Sus manos maternas de tal suerte pusieron la fe que todo México se rinde ante la Madre de Dios en su advocación de Guadalupe. Ella misma introdujo el amor, el que aglutina las almas mexicanas para formar la Patria. ¡Pueblos marianos español y mexicano unidos en contienda de devoción y amor a la Madre de Dios! Ella nos introdujo la levadura del martirio que es prenda de predilección, que germina en tiempo oportuno. ¡Bendita hora en que supimos morir por Cristo y por María! ¡Hora que en los árboles de los caminos pendían los frutos del martirio! ¡Hora en que cada monte pudo ser y fue un

calvario! ¡Hora en que en los paredones las balas escribían con sangre “¡Viva Cristo Rey!” ¡Hora en que el mexicano caía boca abajo para besar la tierra que besó su Madre!

¡España! Tenemos una deuda que no hemos pagado. Fue poco lo que te dimos ¡Fue mucho lo que nos diste! Es preciso decirte ahora: ¡Gracias por el corazón materno de tu Reina Católica! ¡Gracias por el padre Hernán Cortés! ¡Gracias por aquellos españoles que allá y aquí supieron comprender y amar a México! ¡Gracias por la legión preciosa y santa de franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas! ¡Gracias por el nombre con que nos bautizaste que es el tuyo: Nueva España! ¡Gracias por las Leyes de Indias! ¡Gracias por este idioma en que te doy las gracias!

Me atrevo a decirte –guardando toda proporción– las palabras que S.S. Benedicto XIV dijo de María de Guadalupe: “No hizo cosa igual con ninguna otra nación”. España y México están unidos en una levadura de fe, de martirio y de amor. Están unidos porque tienen una madre. Si Hispanidad es esto, la Madre de la Hispanidad es María. Común destino España y México están unidos en Santa María de Guadalupe y lo que ella unió nadie lo puede separar..

